

VII Jornadas de Investigación en Filosofía. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Filosofía, La Plata, 2008.

Acerca del arte, la ciencia y la acción inteligente.

Di Gregori, María Cristina y Durán, Cecilia.

Cita:

Di Gregori, María Cristina y Durán, Cecilia (2008). *Acerca del arte, la ciencia y la acción inteligente. VII Jornadas de Investigación en Filosofía. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Filosofía, La Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-077/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ec1x/t3u>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ACERCA DEL ARTE, LA CIENCIA Y LA ACCIÓN INTELIGENTE

María Cristina Di Gregori*, Cecilia Durán**

* UNLP – CONICET ; ** UNLP

I.-

Dewey, en el *Arte como Experiencia*,¹ describe la experiencia según tres rasgos distintivos fundamentales:

En primer lugar, la describe como una relación indisoluble con lo vital, ya que toda experiencia se constituye como un vínculo con el medio o el ambiente:

La naturaleza de la experiencia está determinada por las condiciones esenciales de la vida (...) La primera gran consideración es la de que la vida se produce en un ambiente; no solamente en éste, sino a causa de éste, a través de una interacción con el mismo.²

Luego, la experiencia es descrita en términos de actividad, pues no se trata de un mero tener experiencias en el sentido de padecerlas, sino de acciones que además son conscientes:

La experiencia, en el grado en que es experiencia, es vitalidad elevada. (...) significa un intercambio activo y atento frente al mundo; (...), proporciona nuestra única posibilidad de una estabilidad que no es estancamiento, sino ritmo y desarrollo. (...) es el arte en germen.³

Asimismo, toda experiencia representa una unidad en tanto implica la culminación de un proceso, noción que recupera aspectos centrales de las consideraciones aristotélicas de la *Poética*, según la cual, por ejemplo, una buena tragedia es la que está constituida como un todo pues posee principio, medio y fin. Esto es, Dewey diferencia experiencias interrumpidas por la distracción, la desidia o la desatención, de lo que denomina genuinas experiencias. En efecto, dice Dewey:

[...] tenemos *una* experiencia cuando el material experimentado sigue su curso hasta su cumplimiento (...) su fin es una consumación, no un cese. Tal experiencia es un todo y lleva su propia cualidad individualizadora y de autosuficiencia."⁴

¹ Dewey, J., (2008).

² Ídem, pp. 14-15.

³ Ídem, p. 21-22.

⁴ Ídem, p. 41-42.

Según estas características no toda experiencia es, para Dewey, una experiencia propiamente dicha: las hay mecánicas u ordinarias en las que, sobre todo, se trunca alguna de las características mencionadas. Son experiencias incompletas o en las que el sujeto no se involucra en ellas de manera activa.

Finalmente, toda experiencia auténtica posee una cualidad estética. El sentido de experiencia estética, tal como Dewey la propone, supera el ámbito propio del arte e involucra tanto la experiencia intelectual, como la experiencia del llamado sentido común. El común denominador de todas ellas es la creatividad y el placer. Es decir, no sólo hay creatividad y goce en las experiencias con el arte, sino también en experiencias cotidianas, a condición de que las mismas sean experiencias auténticas, o sea que cumplan con las condiciones formuladas por Dewey: producción y goce o creatividad y estimación.

Hans Joas⁵ sostiene que Dewey ilustra su concepción de la acción –esto es de la experiencia en general– recurriendo de modo privilegiado a dos dominios fenoménicos: el experimento y el arte. Coincidimos con esta apreciación de Joas. De hecho el experimento y el arte o si se prefiere, la ciencia y el arte han recibido un tratamiento central en las principales obras filosóficas de John Dewey.

Conviene advertir que la posición de Dewey, así planteada, ha generado numerosas críticas y no menos confusiones en la interpretación de sus textos. Algunas de dichas críticas son bien conocidas. Cabe recordar por ejemplo que el énfasis de Dewey en su análisis del método experimental ha conducido a muchos a la idea según la cual Dewey tendría una visión cientificista de la ciencia misma. Coincidimos con Joas cuando afirma que la mencionada lectura conlleva un error fatal para una correcta interpretación del filósofo pragmatista. No nos detendremos en aspectos particulares de dicha interpretación. Sostendremos no obstante que Dewey concebía a la ciencia como un tipo de solución sistematizada de los problemas cognoscitivos en el marco de su compleja teoría de la acción. Teoría de la acción que en su sentido más amplio, atraviesa y alcanza a toda actividad humana. Cuando Dewey afronta el análisis del carácter experimental de la ciencia, no pretende, a nuestro juicio, comprometerse con posiciones reduccionistas, en el sentido en que se le suele atribuir al cientificismo, sino que pretende poner de manifiesto, tal como señala Joas, el fundamento práctico de toda ciencia.

Algo similar podría decirse respecto del tratamiento del arte en Dewey. En dicho contexto sostenemos que si bien Dewey desarrolla específicamente una teoría estética, su tratamiento no implica un burdo reduccionismo a lo que tradicionalmente llamamos

⁵ Joas, Hans, (1998).

“arte”. Dicho desarrollo conlleva, al igual que en el caso anterior, el propósito de explicar el carácter práctico de la mencionada actividad y su valor para otros ámbitos del conocimiento y la condición humana en general. Aquí “arte” se vincula con el concepto general de “producción” y no directa o exclusivamente con las “bellas artes”.

En pocas palabras, sostenemos que si bien a Dewey le interesa de manera enfática la reflexión sobre el arte y la ciencia *per se* (y esto lo sostenemos a pesar de, por ejemplo las famosas críticas rortyanas) en ocasión de tratar cuestiones estéticas y epistemológicas pone a consideración, además, lo que podríamos llamar su teoría general de la experiencia, entendida en términos de acción, de práctica.

Sostendremos que el elemento estético entendido como aquella capacidad – ejemplificada históricamente por Dewey en el terreno de las bellas artes, aunque no reducible a ellas– de avizorar como culminado o consumado algo que tal vez no esté en nuestra realidad, algo que nos muestre una posible solución a un problema determinado, en el sentido propio y equivalente al de un experimento, atraviesa toda la experiencia humana. La actividad estética entendida a la manera de Dewey como teoría general de la experiencia, tiene pues valor epistemológico y logra vincular la idea de arte y ciencia sin reducir la una a la otra. Una compleja teoría de la experiencia entendida en términos de acción o práctica

II.-

En el presente trabajo revisaremos algunas de las consideraciones de carácter histórico que le permiten a Dewey argumentar a favor de la caracterización progresiva de la ciencia en términos de arte y las consecuencias que cree, se derivan de la misma para la teoría del conocimiento.

En varias de sus obras Dewey insiste en el análisis y comparación entre el esquema clásico de la teoría del conocimiento sostenida por Aristóteles y las modificaciones operadas en tal ámbito durante la modernidad. El grado de cambio entre un modelo y otro ha sido relevante al punto de constituir, como dice Dewey en su *By nature and by art*⁶, una genuina revolución en el terreno del conocimiento. En ocasión de dicha revolución, sostiene, pasamos de considerar que el conocimiento científico es lo que es por la naturaleza de sus objetos a sostener que el conocimiento es lo que es por el arte. Los objetos del conocimiento en el modelo clásico eran aquellos provistos de esencias inherentes caracterizadas por su carácter de eternas, inmutables y necesarias. El sistema total de la ciencia en consecuencia refería a especies o clases que eran

⁶ Dewey, J. ,(1944), pp. 281-292.

invariablemente las mismas y eternamente separadas unas de las otras por la naturaleza fija de su Ser. A pesar de esto, los griegos no dejaron de reconocer la existencia del ámbito de lo mutable, de lo sensorio perceptual, ni de lo opinable. Este ámbito estaría integrado por entidades perecederas, generadas, mudables. Ellas serían inestables e inconstantes. Carecerían de Ser en el sentido pleno del término y su naturaleza era tal que dependían para su existencia y constitución de circunstancias que les eran externas. La variabilidad de los mismos era la marca identificatoria de dicha dependencia externa.

En la modernidad, dice Dewey, lo que la ciencia es no obedece a la naturaleza intrínseca de sus objetos, sino a los métodos de investigación que la constituyen como tal. Los elementos propios de las sensaciones y percepciones, también de las opiniones, son ahora el material bruto del que se alimenta la ciencia misma. Los procesos de investigación y las técnicas de investigación transforman ese material en conocimiento científico.

En el contexto de estas reflexiones, Dewey formula su tesis de la revolución científica entonces acontecida. Esto es, el cambio mencionado habría puesto a la ciencia, en la ruta segura del avance y la creciente fertilidad. Todo gracias al hecho de haberse comprendido el conocimiento en términos de arte. Para Dewey, esta afirmación no contiene nada de misterioso, ya que el arte, aun en el contexto de la obra del propio Aristóteles, concierne a los procesos de producción, de generación, tiene que ver con el hacer y el construir. Corresponde al mundo de lo mutable, al orden del cambio.

Ahora bien, continúa el filósofo, este hecho constituye una prueba fehaciente del distanciamiento entre el punto de vista de la modernidad y el clásico. Y si bien este punto no alcanza para justificar la posibilidad de considerar que el conocimiento científico es un arte, provee de una condición sin la cual tal pretensión no podría fundarse. En otras palabras, se derriba el supuesto que originalmente permitía sostener una línea demarcatoria fija e infranqueable entre las cuestiones relativas a la ciencia y el arte. La ciencia queda conectada al cambio.

El punto radical al cual quiere llegar Dewey es al de mostrar que el estatus del conocimiento científico ahora descansa sobre el hecho de que es experimentalmente producido, y en qué medida esto implica un giro radical en la concepción del conocimiento científico en particular y del conocimiento en general. Esto es, la ciencia ahora, es el producto de operaciones deliberadamente producidas en conformidad con un plan o proyecto que tiene las propiedades específicas de una hipótesis de trabajo. El valor o la validez de ésta última luego es testada, como en el caso del arte, a través de las consecuencias de las operaciones que la propia hipótesis instiga o dirige. La ciencia

queda asimilada al arte por ciertas condiciones que tradicionalmente fueron atribuidas al quehacer del arte: la producción y consecuente anticipación de consecuencias relevantes y efectivas, se vincula y hasta depende del uso de instrumentos artificiales y aparatos como medios de ejecución del plan que dirige las operaciones que se desarrollan.

La naturaleza sigue siendo objeto de la investigación científica, pero ahora naturaleza significa un orden de cambios conectados y dirigidos, un orden que encontramos fructífero y efectivo para comprender y tratar con cambios particulares.

La ciencia dirá Dewey, es un arte, y el arte es una práctica. En este sentido además, el conocimiento no es distinto a otras acciones humanas, la práctica de la ciencia es también como otras actividades, correctiva, y es “respuesta del organismo cultural humano a una indeterminación objetiva en sus relaciones con el medio.”⁷ Nuestra condición de sujetos cognoscentes no es diferente a la de nuestra condición de agentes lanzados a una permanente transacción con el medio.

III.-

Los cambios mencionados dice Dewey, generan importantes diferencias con la teoría del conocimiento y de la ciencia clásica. Veamos cómo expone algunos de ellos en *By Nature and by Art*⁸.

1.-Llamar a la ciencia un arte implica atribuirle el carácter de genuina investigación.

La investigación es la transformación controlada o dirigida de una situación indeterminada en otra que las distinciones y relaciones que la integran resultan lo bastante determinadas como para convertir los elementos de la situación original en un todo unificado.”⁹

El objeto del conocimiento pues, no antecede al conocimiento, es su producto o resultado. Podríamos decir su creación o transformación controlada o dirigida. No se trata pues de mero descubrimiento, el resultado no puede ser interpretado en términos de las novedades aportadas por un espectador aislado, se trata del resultado alcanzado por un agente que efectúa una conexión operativa entre hábitos, costumbres, instituciones y creencias anteriores, con las nuevas situaciones.

⁷ Esteban, J. M. (2006).

⁸ Dewey, (1944).

⁹ Dewey, J., (1996), lw.12.108.

2.- El arte que constituye conocimiento científico se caracteriza además por su recurso a instrumentos artificialmente diseñados. La revolución científica se inició cuando los investigadores emplearon aparatos y procesos de las artes industriales como medio para obtener datos científicos. En este proceso histórico se transformó el antiguo conocimiento empírico en conocimiento experimental. Si tomamos la palabra arte en el sentido de antiguas artes, el conocimiento científico es un arte, además, porque introduce a las herramientas, instrumentos y procesos de las artes tradicionalmente llamadas productivas, en el contexto de la investigación científica misma. Son parte de la ciencia misma.

Por otro lado entonces, tendríamos que pensar que la diferencia entre ciencia y tecnología no sería de carácter intrínseca, ella depende, dice Dewey, de condiciones culturales que son extrínsecas tanto a la ciencia como a la industria. Si no fuera por ello, –extrema su posición– se trataría de una mera diferencia convencional al punto de ser puramente verbal.

Conviene recordar que esta idea de Dewey ha generado interesantes aportes y polémicas en el contexto de la filosofía del conocimiento actual. Por ejemplo, como nos recuerda José Miguel Esteban, en su libro *Variaciones del Pragmatismo en la filosofía contemporánea*¹⁰, Larry Hickman habría revolucionado la exégesis sobre Dewey, haciendo girar toda su obra –desde su filosofía de la ciencia a su filosofía del arte, de la educación y de la política– sobre el concepto de tecnología. Según Hickman el ámbito de la tecnología superaba al de los artefactos para alcanzar los “ámbitos de la teoría y de la praxis entendiendo que, “Toda experiencia reflexiva es instrumental con respecto a la producción ulterior de significados es decir, es tecnológica.” Y aún más, para Hickman el concepto de tecnología subyacería tanto a la cultura de las ciencias e ingenierías como a la de las artes y humanidades, operando así como una especie de modelo cognitivo que vincula entre sí diferentes áreas de la cultura. La teoría pragmatista del conocimiento proporciona el esquema básico de ese modelo cognitivo, equiparando cognición con resolución de problemas o en términos más próximos a Dewey, transformación de situaciones problemáticas en situaciones estables.

Independientemente de estas consideraciones de Hickman y sus repercusiones teóricas, intentamos mostrar y coincidimos con Esteban al sostener que la interpretación de Dewey de la tecnología relativiza dicotomías férreas, aunque de un modo no poco problemático que genera y aporta elementos gnoseológicos relevantes para la discusión actual.

¹⁰ Esteban, J.M. (2006).

3- Dewey sostiene también que la línea demarcatoria entre conocimiento teórico y práctico se mostraría arbitraria e irrelevante en el nuevo contexto de su filosofía del conocimiento. Dicha línea demarcatoria debe ser vista como consecuencia del enfoque según el cual el objeto propio del conocimiento científico es eterno e inmutable. La conexión de la ciencia con el método experimental erradica esta idea. La infertilidad del método natural antes del experimental, es atribuible al hecho de que la ciencia consideró al material de la observación ordinaria como datos inamovibles de la investigación.

4.- La teoría del conocimiento basada sobre la conducta y conclusiones de la ciencia, se desembaraza también de la supuesta diferencia fija entre conocimiento sensorial y conocimiento racional. El aspecto sensorial del conocimiento es estrictamente un aspecto, sostiene Dewey. Es distinguible en un análisis intelectual pero no es un tipo especial de conocimiento ni siquiera un componente independiente del conocimiento. Es ese aspecto del sistema de conocimiento en el cual y por el cual el conocimiento de hechos que se extiende en una forma indefinidamente extensa, está anclado y focalizado en el aquí y ahora. Sin este anclaje cualquier sistema sin importar cuán organizado esté sería teórico en el sentido de hipotético. El aspecto racional –dice Dewey en franca oposición al empirismo y racionalismo tradicionales– está constituido por el corpus del conocimiento que ha sido constituido por investigaciones previas, comunicable y aplicable a investigaciones posteriores. El conocimiento racional es el conocimiento aceptado. Dewey, se opone al postulado de que ningún objeto de estudio puede ser denominado conocimiento hasta que se haya mostrado que satisface condiciones establecidas con antelación a cualquier caso de conocimiento real, o conclusión obtenida en el curso de investigación. Para Dewey, el objeto de estudio del conocimiento es la ciencia según se produce.

Terminamos mencionando entonces que conocimiento racional no es para Dewey convergencia de opiniones en el sentido de una opinión final, aunque sí coincidencia de opiniones siempre situada y resultante de un proceso de comunicación y aceptación – equivalente al proceso de aceptación del receptor en el caso de la obra de arte, como señala en esta mesa Silvia Solas–, una inteligencia social transformadora del mundo y, por lo tanto, de los fines del agente, un proceso activo que plantea una relación no teleológica entre la acción y la situación y que introduce la dimensión comunicativa en la constitución del significado y de la validez. Problemática que pone a Dewey en coincidencia y confrontación una vez más, con las concepciones contemporáneas de la racionalidad, en particular las formuladas por Habermas.

Bibliografía

Dewey, John, (1944), *By Nature and By Art. The Journal of Philosophy*. Vol. XLI, No. 11.

Dewey, John, (1996), *The Collected Works of John Dewey, 1882-1953*, The Electronic Edition.

Dewey, John, (2008), *El arte como experiencia*, Barcelona-Bs.As., Paidós, Estética 45.

Esteban, José Miguel, (2006), *Variaciones del Pragmatismo en la Filosofía Contemporánea*. Facultad de Humanidades. Univ. Autónoma del Estado de Morelos. Ed. Mínimas.

Joas, Hans, (1998), *El pragmatismo y la teoría de la sociedad*. CIS. SXXI, Madrid